

Eje N° 3: Modos de presentación de las consultas actuales:
identidades, virtualidades, síntomas y carácter

¿Qué significa hablar la misma lengua?

Coordinadores: Gustavo Ramos (Florianópolis) y Cleyton Andrade (Maceió)

Integrantes: Daniela Araujo (Salvador), Rachel Botrel (Belo Horizonte), Andrea Guerra (Belo Horizonte), Cecília Lana (Belo Horizonte), Ceres Lêda (Goiânia), Ana Eliza Lima (Maceió), Vinícius Lima (Belo Horizonte), Daniele Menezes (Rio de Janeiro), Mariana Queiroz (Florianópolis), José Augusto Rocha (Caruaru), Sílvia Sato (Ribeirão Preto), Julian Silvestrin (Florianópolis), Marcus André Vieira (Rio de Janeiro), Renally Xavier (Campina Grande).

El diagnóstico en las consultas actuales y los efectos de la virtualidad

Para comenzar a conjeturar y responder a la cuestión sobre cómo cambió la clínica del comienzo de un análisis en los últimos años, retomaremos la función de las entrevistas preliminares, formalizadas por Miller a partir de tres niveles: la evaluación clínica, la localización subjetiva y la introducción al inconsciente. Mientras que en los dos primeros niveles estaría en juego un proceso de subjetivación, para la entrada en el tercer nivel, marcando propiamente el inicio del trabajo analítico, se esperaría que ocurra un proceso de rectificación subjetiva.

Resaltaremos la necesidad de realizar un cierto cálculo diagnóstico con el objetivo de tener una idea más o menos clara en relación a la dirección del tratamiento como el punto central del nivel de la evaluación clínica. Así, las entrevistas preliminares existen para mostrar que, en la práctica lacaniana, “el comienzo del análisis es aplazado, o sea, el analista se demora en iniciar el proceso hasta que esté satisfecho para poder autorizar la demanda de análisis y avalarla según razones precisas y claras”¹. Miller agrega: “A veces el analista se queda con el paciente durante varios años en una situación preliminar, de tal manera que tendríamos ahí una ‘preliminar permanente’.”²

Llamó nuestra atención la expresión “preliminar permanente”, pues parece que la clínica

¹ MILLER, J.-A., Introducción al método psicoanalítico. Buenos Aires: Paidós, 1997. p. 19.

² Ibid.

del comienzo en la contemporaneidad puede ser caracterizada por un proceso de prolongación, de dilatación en el tiempo de las entrevistas preliminares. Nos preguntamos si la mayor parte de los pacientes que llegan a nuestros consultorios hoy -exceptuando, tal vez en su mayoría, los pedidos de análisis de los analistas en formación-no permanecería en ese estado que podría ser llamado “preliminar permanente”.

Esto se daría no sólo en función de un determinado diagnóstico relacionado a la prevalencia cada vez mayor de casos de psicosis – principalmente de psicosis no desencadenadas –, sino también a la prevalencia de casos de neuróticos que buscan tratamiento psicoanalítico, pero rechazan la búsqueda del saber sobre lo que determinaría su malestar. Además de esto, son muchos los sujetos que no logran hablar en nombre propio, permaneciendo en la superficialidad del texto, imposibilitados de hacer cualquier tipo de rectificación subjetiva, con el riesgo de alejarse demasiado de la zona que les garantiza una estabilización/anudamiento.

Ellos han llegado en la contemporaneidad con una proliferación de diagnósticos neuropsicológicos, medicados por la neuropsiquiatría o con una demanda de evaluación para informes de diagnósticos, y a ellos muchas veces identificados, característica de un mundo atravesado por el discurso de la ciencia asociado al discurso del capitalismo.

Un ser hablante que se encuentra en una sociedad con un uso imperioso de las redes virtuales, las experiencias vividas allí en el uso de lo virtual fomentan un imaginario, la creación de mundos y universos virtuales e identificatorios (modos de vestir, diversos grupos: anoréxicos, bulímicos, de juegos etc.). En esa relación sin el Otro, solo, desamparado, en angustia, con sus cuerpos agitados, ¿podríamos pensar a la virtualidad como un síntoma actual? Allí capturados por el exceso (juegos, videos, productos, imágenes etc.) entran en una relación de adicción como revela Roy³, y cualquier interrupción abrupta puede generar consecuencias del orden de un acontecimiento de cuerpo que pueden ir desde una inhibición a una extrema exposición mortífera.

Hay que destacar que esos cuerpos agitados, angustiados, que sufren el efecto del declive de lo simbólico, presentan ficciones frágiles en la construcción de un discurso. Estos pueden ser descritos como siendo del orden de enjambres de S_1 , significantes sueltos, metonímicos y que no son leídos como metáfora, y señalan la presencia del inconsciente real. El análisis entraría en el lugar de un esfuerzo de traducción, buscando

³ ROY, Daniel. Proteção da adolescência. In: *Opção Lacaniana*. São Paulo: Edições Eolia, n. 72, mar. 2016. p. 50.

una nominación posible.

Las cuestiones identitarias y la identificación

“Yo quiero que usted me escuche como una mujer negra!”. Una frase como esta, hasta unos pocos años atrás, podría hacer que muchos psicoanalistas se restringieran a escuchar como un rechazo del inconsciente o que lo imaginario se enrigideció. Sin embargo, este modo de llegada ha sido cada vez más frecuente y deja en evidencia la sutileza implicada en la escucha de las cuestiones de raza en la entrada de un análisis. En esta enunciación, el propio sujeto, avisado del lugar que el cuerpo de una mujer negra ocupa en las dinámicas del lazo social en Brasil, señala a la analista – que puede ser una mujer blanca – que una parte de las cuestiones que traerá tiene que ver con las marcas que la realidad social del racismo impone sobre su cuerpo. La analizante convoca o hace existir una analista advertida de las cuestiones raciales, esto es, advertida del hecho de que una parte de su sufrimiento no se deberá sólo a las contingencias de una posición fantasmática, por ejemplo, sino también a la incidencia de las violencias racializadas del Otro sobre su cuerpo. Más que un impedimento al análisis, el consentimiento de la analista – o, mínimamente, su no rechazo a esa proposición – pareció antes operar como condición para su inicio. Presentarse como “mujer negra” se torna, entonces, una estrategia de la analizante para convocar y desactivar, de antemano, los potenciales prejuicios del yo de la analista relacionados a la raza, que podrían ser responsables de la resistencia de la analista al tratamiento. Sin esa enunciación, no sería posible para esa analizante dirigirse a una analista blanca.

Hoy, cuando los pacientes llegan a los análisis diciendo “yo soy trans”, “yo soy negro”, pueden decir menos de un identitarismo, o de un modo de obturar o escapar de la castración. Pueden exponer el significante de la falta en el Otro, por ser ellos mismos aquello que agujerea lo universal del “todos iguales”. En un mundo donde definitivamente no somos todos iguales, tales sujetos denuncian que ese discurso no pasa de ser un semblante más. Hacen uso de un semblante como forma de hacer existir el No-Todo. Sus cuerpos, sus vidas son testigo de esto. Ellos mismos portan tal enunciación, aunque cada uno aún esté, de una forma u otra, capturados y absorbidos por sus propias historias, sus encuentros y desencuentros. Mismo sin tener la dimensión exacta de lo que portan, nos dicen con el “yo soy negro”, “yo soy trans”, “yo soy una

mujer negra”, “yo soy indígena”, el punto exacto donde incide el goce violento del Otro de la cultura. Son, más allá de todo, marcadores de un goce del Otro que no es contingente. No son identitaristas, la verdad es que interpretan la cultura diciendo lo que ella coloca insistentemente en el lugar de objeto, fuera de los contornos singulares de las fantasías. En verdad, imponen que cada uno tendrá que arreglárselas, haciendo uso de la propia fantasía, para dar cuenta de esa obscenidad colectiva de hacer siempre los mismos cuerpos de objeto.

Una mujer negra llega al análisis diciendo de una infancia de *desamor* y la marca de esto en los encuentros con hombres. Será apresurado decir que es un rasgo contingente que podría recaer aleatoriamente como sentido en la historia de cualquiera. Sin embargo, hay discursividades sociales que confieren una consistencia cuando se trata de mujeres negras. El pasaje del “yo tuve una infancia de desamor” para “aunque, no todo fue violencia”, así como consentir con la intimidad delante del otro, con un cuerpo que pueda inscribirse no sólo por la vía del dolor, incluye un trabajo analítico cuidadoso que no invalida la seriedad e importancia de las cuestiones de entrada.

Este recorrido propio del análisis con sujetos histéricos, no se da sin que esa mujer negra pueda cifrar una posición de desecho que posee la marca del racismo. Si bien esa marca - la del racismo - es indeleble, tampoco es totalizadora. Ella consiente con sus agujeros, con el extrañamiento, con la diferencia - entre ella y otras mujeres negras y no negras. El significante mujer negra aparece como un punto articulando una posición que autoriza una enunciación y también posibilita una simbolización de su historia, para producir con eso una separación de la posición del Otro del racismo que define el destino de las mujeres negras: superexplotación, ruptura de vínculos familiares, violencia y soledad, rasgos que se evidencian en su posición sintomática.

¿Del lado del analista habría un “yo soy”?

Un hombre trans hace terapia con un psicoanalista cis durante 4 años presencialmente. Recientemente buscó un “analista trans”, relatando "síntomas y ansiedad" sobre los cuales ya elaboró un saber, pero aún lo incomodan. Formuló la demanda diciendo que ahora quiere “conversar de igual para igual, sobre identidad, alguien que me entienda, que hable la misma lengua”. Alojando la demanda, el analista cuestiona: “pero hablar la misma lengua no garantiza que las personas se entiendan, ¿no?”. Se instala allí el primer momento de silencio y consentimiento.

Bajo el efecto de esa interpretación el sujeto que antes buscaba un igual que pudiera

responder a su demanda, ahora pasa a decir de sí. Había buscado un igual que no es el igual por la vía de lo *mismo*, del goce, de lo invariable, sino el igual por la vía de lo *idéntico*. Para Miller⁴, “Cuando se habla de la identidad, incluso de lo idéntico a sí mismo, ya se aloja la cuestión en el registro significante [...], pero el goce, precisamente, nos obliga a pensar un estatuto de lo Mismo, que no es lo idéntico significante”. Lo *Mismo* no posibilita abrir un análisis, se opone a la alteridad que es interna al Otro, la extimidad. Por eso el encuentro con un analista permite que se depare con el hecho de que hablar la misma lengua no implica compartir los mismos significantes amos, ni la misma posición, pero puede ser la condición para abrirse a la equivocidad.

La identificación imaginaria *trans* no sustenta la entrada en análisis, pero para algunos sujetos es la condición para buscar un analista. En ese sentido, hablar “la misma lengua” fue el modo en que este sujeto buscó preservar un espacio, incluso sin saber, en el cual la intervención del analista no corriera el riesgo de ser engendrada por la violencia social. O sea, su demanda porta la incómoda constatación de la violencia sufrida por personas trans como un real fuera de la contingencia. Por más que pueda ser un engaño, la búsqueda de un analista trans es la búsqueda de una escucha que de antemano no sea transfóbica.

En otro caso, una indígena embarazada fue derivada para ser atendida por un psiquiatra, pero ella quería ser escuchada, no medicada. Encontró un analista, que pertenecía a la misma etnia y frecuentaba, durante la infancia, aquella misma aldea. La cuestión giraba alrededor del embarazo no deseado, cuando el Otro le dijo a ella que su destino era ser madre, no considerando su sueño de ser nutricionista: “yo siento que cargo un vacío”, es lo que la llevó a un analista indígena. Ni siquiera un nombre le había sido dado al bebé que nacería. El analista se refiere a ese bebé por nacer, con el nombre dado sólo por el padre. Frente a la extrema dificultad durante el parto, ella finalmente da el nombre al bebé, permitiendo que nazca. Primero fue necesario el analista indígena de la misma etnia para que después eso pudiera caer, para dar lugar a un “analista partero”.

Desde esta perspectiva, notamos a lo largo de los encuentros que el analista puede testimoniar por su práctica que *demanda*, *identificación* y *transferencia* surgirán como vías importantes en la entrada en análisis.

Traducción: Soledad Torres

⁴ MILLER, J.-A., *Racismo*. Extimidad. Buenos Aires: Paidós, 2017. p. 45.

Revisión: Josefina Elias.

Revisión final: Silvina Molina.